

Oscurana. Antoine d'Agata

INERCIA

Errar, moverse en círculos, surcando un mundo en el que la mercancía es la última realidad, tramando un palimpsesto de líneas que se cruzan al hilo de imprevistos e imperativos ligados a la urgencia de sobrevivir y que hacen de la experiencia la herramienta y la materia mismas de revueltas invisibles.

Comunidad híbrida de los que no tienen nada, sometida a los efectos mortíferos de las moléculas artificiales que inundan el mercado globalizado de la miseria.

Los hombres redescubren la insatisfacción, se forjan un destino para inscribirse en la historia. Vivir la infamia, deshacerse de la esclavitud mediante la satisfacción del instinto.

Solo así escapan, aunque si saberlo, al sueño de la mercancía y la compartimentación de lo real: buscando la sensación, pagando cualquier precio para obtenerla, con las marcas que la vida inscribe en sus carnes como única forma de conciencia.

Cada día sus hijos mueren pero el placer, el gozo fluye, río secreto que los purifica del espectáculo de la muerte.

Espectadores asiduos, testigos silenciosos, no pueden sino verse, dobles, sin mirada, lanzándose a tumba abierta, hundiéndose en las aguas, dejándose arrastrar a ciegas por un destino impuesto y banal.

La indecencia del confort, ahí, en el olvido de sí, en el campo de muerte de un rostro soñado.

DERIVA

Marcados por el dolor, rostros que apenas sobreviven a la provocación del mercado y a la consumación pasiva.

El gesto, aborrecible, se vuelve contemplación.

Brutalidad de los hechos en los espacios de la no-vida, tiempo inmóvil, presencia, pura, abierta al mundo, existencia reducida a una mera capacidad de absorción, círculo infernal de la supervivencia, caída de los seres en la insignificancia, contexto perpetuamente apocalíptico.

Prisioneros de un dolor demasiado antiguo, que ya no puede llorarse, van engañando el hambre, la fatiga y el sueño, inhalan la muerte y la locura a través de pajitas de plástico, en hojas de aluminio.

Condenados a errar en un laberinto de espejos que permite entrever la verdadera vida pero sin hacerla palpable y que multiplica infinitamente las invitaciones a la insatisfacción y a las separaciones.

Desnudos los labios sobre la llaga viva, gracias a la increíble violencia que engendra el resentimiento, destruyen sin piedad el espíritu de un tiempo paralizado por la fatalidad del cinismo y del confort.

La ficción se niega a plegarse a la realidad, condición y posibilidad de lo que ha sido y de lo que es.

Imposibilidad de la pureza: no se trata de creer sino de poner en peligro la verdad, de vivir la mentira y afrontar los retos de la supervivencia.

EBRIEDAD

Actitudes marginales que minan los postulados de la moral económica y desbordan su lógica mediante la perpetración de actos insensatos.

Poseídos por la rabia, los cuerpos se abandonan a acciones liberadas del peso de la razón, fuerzan la conciencia, despliegan lo posible, generan nuevos lenguajes, surgidos de la necesidad de enfrentarse a unas condiciones de vida insoportables.

Pena de muerte, definición posible de la imagen como estado último y terminal de contagio entre el mundo y una masa de cuerpos descuartizados que se abren a otros cuerpos, pactan con el miedo, devorados por aquello que tiene el poder de aniquilarlos.

De la asfixia nace el movimiento, la posibilidad de un gesto que sea antídoto contra el veneno de la industria cultural: regulación de los movimientos de la carne en el campo social, obscenidad de las leyes, pornografía de las relaciones, culto del miedo y de la inseguridad, silenciamiento de la singularidad, infinidad de tecnologías que perpetúan la disciplina de las multitudes fascinadas por el espectáculo de su propia servidumbre,

DESEO

Organizada a partir de la negación de la idea misma de comunidad, la ideología mercantil reinventa la esclavitud, la lógica abyecta del rendimiento inscrita en los cuerpos por el trabajo y la regulación milimétrica del tiempo.

El formateo del espíritu conlleva que los hombres cesen de oponerse a la reificación del mundo y a que asuman dócilmente la absoluta identidad entre individuo y cosa. Lógicas financieras, rituales crueles de humillación y de exterminación, tentación genocida.

La nada separa y une los cuerpos transidos de oscuridad, que absorben el mundo y se dejan absorber por él.

Carencia, exceso, estados convulsivos, la carne desborda, se excede: mantener a distancia el miedo, buscar la ebriedad feroz, sensual e infinitamente dolorosa.

Elaborar estrategias inéditas de supervivencia.

Deslizamiento, desde la inercia hacia el engranaje de la acción. El gozo incontrolado, la confusión de los sentidos, la infinitud del morir cuando el tiempo estalla en el momento del orgasmo permiten escapar del orden de las cosas.

El lenguaje de la presencia y del instante, obsceno y amoral, se disuelve en la realidad de la perversión, en la invisibilidad de la no-palabra.

Condenados a experimentar una muerte lenta, sometidos a la violencia del mundo, proyectados hacia el punto focal del asesinato, perpetrado o sufrido, animados por la lógica cruel del instinto, los cuerpos martirizados se tocan, hurgan en las tinieblas, se niegan a renunciar.

DILAPIDACIÓN

Las ficciones bárbaras se hacen realidad, fragmentos auténticos de vida que, ensamblados, cuentan una historia absurda e irrisoria de saqueo y sacrificio.

La brutalidad de los gestos rebeldes se sustrae al nuevo orden, expresa y responde a la lógica cruel de un sistema que elimina metódicamente las poblaciones superfluas condenadas a estar al servicio de la necesaria regulación de los flujos y de la rentabilidad de la inversión democrática.

Control global del deseo, veneración de los bienes y trata de humanos conforman las nuevas perspectivas del gozo pasivo.

En el círculo cerrado del vicio, cada uno lucha contra todos, las reivindicaciones delincuentes o terroristas se separan de la humanidad porque la desean por encima de todo.

La propagación del crimen, reacción inmunitaria del cuerpo social, desborda la razón por sus consecuencias.

Los renegados fornican, saquean, matan y se embriagan, amenazan el reino cínico de la cobardía.

Una voluntad invisible: dejar que las poblaciones marginales se autodestruyan, incorporar a la economía global el margen de beneficios generado por una violencia inaudita y ciega, sin reivindicación ni objeto, cuyos agentes son las víctimas mismas.

ÉXTASIS

La mezcla de los cuerpos histéricos, postrados en su tenaz frecuentación de la violencia, el dolor y el gozo, quedan fuera del alcance de la Historia.

Cegamientos, mutaciones de la carne, inmenso enfrentamiento de soledades y desesperaciones.

Pero la violencia de los cuerpos frente y contra la ley escapa a la evidencia de las relaciones de poder.

Ese instinto de muerte, reivindicación de una existencia libre de mediaciones y que se afirma en toda su brutalidad, sin inscribirse en la lógica de la transgresión y que se basta a sí misma.

Infinitud del morir, contagio, crueldad.

En el espacio de tiempo ínfimo del gozo, del desorden narcótico de la carne, síntomas y antídotos: ebriedad de la vida vivida intensamente, que niega al orden toda posibilidad de reprimirla, por cuánto ejerce su violencia pura contra sí misma.

Todo es visible, pero no se ve nada, tan solo la celebración bárbara de la carne que muere.

CAÍDA

Frente a las desigualdades generadas por un derecho que ha dejado de defender el interés común para ponerse al servicio de los intereses anónimos y abstractos de las élites, frente a la desintegración de los vínculos comunitarios, a la inflación contagiosa del vacío, a la desesperación la autodestrucción es un acto de resistencia.

Los cuerpos asolados se husmean, la supervivencia abraza la supervivencia.

La carne sin nombre, entidad espectral que aniquila el sentido.

Pérdida, don destructor, miembros que se buscan en un caos de movimientos convulsos, cuerpos caníbales, descuartizados, devorados, espasmos de una consciencia que vacila.

Deshacerse de la forma y de la idea, entre el final de una civilización y el debacle de los orígenes, consentir al olvido, gozar en el vacío, partiendo de un placer resignado, hacia la fruición jubilosa del mal.

Ética de la postración.

Regreso inevitable al lodo, a las fusiones efímeras, a los gestos desesperados de la raza, de aquellos que reptan entre sus propias deyecciones, se pierden en la tibieza de la carne contaminada, hierven en la profusión tentacular de la infección ideológica.

Porque la única elección posible es la de la agresión erótica, de la contaminación, de la promiscuidad, de la acción ineluctable, pasional infinitamente tendida hacia el misterio brutal del otro.

EXCESO

Asfixia de la mirada.

Amores sublimes, apocalípticos, y solidaridad de la carne.

Devolverle al cuerpo su imperio, por amor del otro.

El miedo como fuente del movimiento, cuerpos quemados por la luz narcótica.

Porque el paroxismo es la base mínima de todo comportamiento decente, ya no es posible dejar de matarse.

Pero morir como un hombre ya no es posible.

Se trata de una búsqueda cruel y sin salida: fundirse con la violencia de la calle, vivir la experiencia de la carne, aprender el lenguaje mortífero, más poderoso que el de la poesía, más justo, más exacto, estar al acecho de la irrupción de la vida, sucia y brutal, frente al orden de lo convenido, buscar la verdad frágil de los gestos, pagar el precio, asumir el sacrificio.

La bestialidad, acción ineluctable, conciencia de la nulidad de la conciencia, de su insuficiencia.

ORGÍA

Trampa del espacio fetal de la orgía, tiempo de copulación generalizada, de embestidas silenciosas ante el horror del mundo.

Orgía triste y fría, humanidad dolorosa, fúnebre, condenada ineluctablemente a volver a ser ella misma.

Disolución en la imagen de un amor terrible que no redime a nadie, que no justicia nada, que no justifica nada, que no explica ni desmiente.

Un amor terrible que no expía el cinismo del arte, ni le devuelve si dignidad perdida.

Mirada neutra.

La idea de revolución condenada al desastre.

Flujo perpetuo de devenires, desmesuras, excesos ciegos, pulsiones elementales.

Contra la civilización, o mejor dicho, contra la civilización de la cultura.

El caos en que toda forma, todo orden, todo ordenamiento acaba por abismarse.

Disolución en el recuerdo del sexo, en los detalles de la memoria, en el anonimato.

Lenta desaparición de toda perspectiva, de todo punto de vista.

AGONÍA

Larga espera de la muerte.

Día espectral de la agonía.

La muerte que desborda la vida.

Amar no basta.

Pensar no basta.

Sufrir no basta.

Ser otro en el corazón de una imagen.

Pese al sufrimiento, ser espectador de sus propios actos.

Los gemidos de las víctimas impiden el olvido, la desaparición de sus cuerpos en medio de la más absoluta indiferencia.

Estertor agónico que nadie puede ignorar.

No es solo un hombre el que muere sino la idea misma de humanidad.

Degollada en el lodo, en un solar vacío, un hombre muerto cumple la voluntad del resto de los hombres. Un hombre cuya voz cubre las imágenes de mundos soñados.

SITUACIONES

Prostituir mi muerte, transformarla en objeto, encontrar la salvación en la expresión sensible de la locura geométrica del mundo, de la determinación con que los hombres se empeñan en aniquilar a los hombres, en destruirlos antes de ponerse a matarlos lentamente.

Grito.

Y a través del grito, se levanta y resurge una figura, una sensación, la desaparición de todo sentimiento ante el horror.

El arte integral se realiza en el caos del gozo y en la fiesta, en el derrocamiento de la lógica del rendimiento, en la celebración pagana de la destrucción.

En adelante el único reto consiste en conocer por la carne los imperativos de la supervivencia, en asociar la subversión de la vida a la tergiversación de la historia.